

“Pintores y dibujantes españoles en la Argentina”. En: El reencuentro entre España y Argentina en 1910. Camino al Bicentenario. Buenos Aires, CEDODAL-Junta de Andalucía, 2007, pp. 57-62. ISBN: 978-987-1033-26-3.

PINTORES Y DIBUJANTES ESPAÑOLES EN LA ARGENTINA

Rodrigo Gutiérrez Viñuales

Universidad de Granada

Notas sobre algunos pintores españoles radicados en la Argentina

Como se viene expresando en varios de los capítulos del presente libro, el gusto creciente por lo español en el ámbito de la cultura y específicamente en el terreno de las artes plásticas en los años próximos al Centenario, fue determinante. En lo que respecta al coleccionismo de arte, sin olvidar el interés de mecenas como José Prudencio Guerrico, retratado por Federico de Madrazo y poseedor de un amplio conjunto de obras de Jenaro Pérez de Villaamil adquiridas en torno a mediados del XIX, a finales de la centuria comenzó a manifestarse un marcado interés por el arte español en Buenos Aires. En 1897 el marchante de arte español José Artal, y poco después un compatriota suyo, José Pinelo, comenzaron a llevar y exhibir allí lotes de pinturas de artistas españoles del momento, viendo con sorpresa que muchas de esas obras lucían el cartel de “vendido” casi al momento de inaugurar dichas muestras .

Esta inesperada muestra de interés por parte de los coleccionistas argentinos, reacios aun a adquirir sistemáticamente obras de autores locales, abrió para el arte español un mercado que fue decisivo para que muchos artistas, inclusive de segunda y tercera línea (a veces dicho esto con generosidad), pudieran vivir de sus producciones. Pintores como Salvador Sánchez Barbudo, de discutida valía en su propio país, gozaron de una fama inédita en tierras americanas. A la vez, artistas de reconocido prestigio, como el propio Joaquín Sorolla, vendían sus obras menores y a veces hasta sus bocetos, como si se tratase de obras maestras. Otros, como su seguidor Julio Vila y Prades, quien acompañó personalmente su muestra en Buenos Aires en 1905, visto el éxito conseguido en la capital argentina y los encargos de que fueron objeto, decidieron radicarse en el país temporal o en forma definitiva; éste fue el caso de Gustavo Bacarisas, José de Larrocha, Ernesto Valls, Miguel Viladrich, Anselmo Miguel Nieto o Antonio Ortiz Echagüe.

Julio Vila y Prades se radicaría en 1907, dando continuidad a sus temáticas de playas valencianas bajo el signo de Sorolla, como así también a los retratos por encargo de adineradas familias argentinas como los Santamarina, y paisajes del país de acogida. Formaron parte de su círculo los Diehl y el pintor Aníbal Nocetti, quien lustros más tarde se establecería en Mallorca. Realizaría Vila y Prades decoraciones murales y plafones para el Tigre Club, y el plafón para la Casa de Gobierno de Tucumán con una alegoría sobre la Independencia argentina. A pesar de su retorno definitivo a Europa en 1914, el año de la guerra, el artista seguiría en contacto con la Argentina, realizando periódicos viajes y ejecutando otras obras por encargo, como sus pinturas para el pabellón argentino de la Exposición de San Francisco de 1915.

Para entonces se hallaban ya en el país los andaluces Gustavo Bacarisas y José de Larrocha , este llegado justamente en ese año. Larrocha alcanzó pronto éxito con sus exposiciones de temas granadinos y con la realización de retratos de damas de la sociedad porteña, y continuó pintando escenas de su Granada natal, alternando con paisajes de la provincia de Buenos Aires y escenas portuarias con reminiscencias del popular pintor del barrio de la Boca, Benito Quinquela Martín. En cuanto a Bacarisas, permaneció en Buenos Aires entre 1910 y 1913, cuando regresó a Sevilla. En el año de

su arribo realizó una exitosa exposición con obras producidas tanto en Europa como algunas ya de temática argentina, inclusive un grupo de escenas de Tánger, dentro de la línea orientalista que tan cara era al gusto de los coleccionistas. En 1911 ejerció como profesor en la Academia Nacional de Bellas Artes, en los géneros del paisaje y el retrato. Su mayor vinculación artística a la Argentina la supondrán los lienzos murales para la capilla del pabellón argentino en la Exposición Iberoamericana de Sevilla en 1929, evento para el que también realizaría el cartel principal. Esas obras, que aun se conservan en perfecto estado en su ubicación original, fueron encargadas por el arquitecto Martín Noel, autor del pabellón.

En 1916 arribó a la Argentina el pintor valenciano Ernesto Valls, tenido en su momento como uno de los discípulos más aventajados de Joaquín Sorolla. A partir de 1911, tras realizar su primera exposición individual en el Círculo de Bellas Artes de Valencia, alcanzaría éxito con sucesivas presentaciones, destacando la muestra de 150 obras en el Salón Fayans Catalá, en 1912, año en que lograría mención honorífica en la Exposición Nacional de Madrid. Al año siguiente exhibirá en el prestigioso Salón Parés de Barcelona y en el Salón Mascarini de São Paulo (Brasil). En los primeros meses de 1916 lo encontraremos en Estados Unidos, donde realizará dos exposiciones, sobresaliendo la que lleva a cabo en la célebre Arlington Galleries, en Manhattan, Nueva York, con la que obtendrá gran suceso de público y críticas. De ahí saldrá en barco hacia Buenos Aires, trayecto en el cual vivirá un fugaz romance con la bailarina Isadora Duncan. En el mes de agosto expuso 73 obras en el Salón Costa, y al mes siguiente se casará con Dolores Chacón, decidiendo su radicación en la localidad bonaerense de San Vicente. Hasta ese momento su obra destaca por escenas valencianas, y, entre ellas, las captadas en la Playa de la Malvarrosa, las romerías y las huertas de naranjos, todos temas que le acercan a la producción de su maestro Sorolla, cuya luminosidad quedaría impregnada en sus cuadros. Inclusive en los que seguirá pintando una vez radicado en la Argentina, donde paisajes de los alrededores de San Vicente, retratos femeninos y ambientes campestres serán la nota saliente, sin desdeñar sus antiguas temáticas valencianas, en un claro ejercicio de nostalgia y a sabiendas del éxito que aun tenían en el mercado de arte porteño.

La llegada de otros artistas como Miguel Viladrich , Anselmo Miguel Nieto y Antonio Ortiz Echagüe , se producirá más tardíamente. Viladrich, uno de los principales pintores simbolistas catalanes, se radicaría en Argentina y Uruguay, con periódicos viajes a Europa, entre 1919 y 1925. Cuando la guerra civil española, exiliado, retornará a la Argentina, falleciendo en Buenos Aires en 1956. Durante esa nueva etapa se dedicaría a temáticas argentinas, paisajísticas y costumbristas, siempre marcado por aquella veta simbolista. En el caso de Miguel Nieto, su arribo a Buenos Aires se producirá en 1922 junto al cordobés Julio Romero de Torres para exponer en Witcomb, exposición que les deparará a ambos el mayor éxito de ventas de sus carreras hasta entonces. A partir de allí estará apoyado por los hermanos Bou, marchantes de arte español que continuaron la labor de difusión y ventas que habían consolidado anteriormente José Artal y José Pinelo entre otros. Miguel Nieto se instalará en Buenos Aires por un lapso de casi dos años, siendo contratado por varias familias de renombre para ejecutar retratos familiares. Retornaría a la Argentina en 1937 estableciéndose durante tres años, pasando luego a Chile donde estará seis. En cuanto a Ortiz Echagüe, que alcanzó renombre dentro de la pintura regionalista española y también por escenas y retratos ejecutados en Marruecos, tuvo una primera radicación en la Argentina entre 1923 y 1926, instalándose de forma definitiva en 1933. Hasta su muerte, producida en 1942, vivirá y trabajará en la estancia La Holanda, en la provincia de La Pampa, donde pintará paisajes y escenas costumbristas argentinas, además de dedicarse al retrato.

Dibujantes y humoristas españoles en el arte argentino

En las últimas décadas del siglo XIX y en las primeras de nuestra centuria, arribaron a la Argentina numerosos dibujantes y caricaturistas europeos, entre los cuales sobresalieron con notoriedad los españoles. Dedicados, entre otras numerosas actividades, a publicar e ilustrar los semanarios de actualidad con mayor prédica en el país y a organizar los primeros salones de dibujantes y humoristas en Buenos Aires, estos artistas realizaron una extensa labor, la que, a nuestro juicio, merece un profundo estudio por parte de los historiadores del arte argentinos y españoles, haciendo honor a la sentencia de José Francés de que “La historia de la caricatura española del siglo XIX tiene uno de sus capítulos más importantes en la Argentina” .

En la década del noventa se comenzó a publicar en Buenos Aires *Caras y Caretas*, inspirada claramente en la revista madrileña *Blanco y Negro*. *Caras y Caretas*, cuya aparición semanal venía dándose desde 1890 en Montevideo bajo la dirección del humorista Eustaquio Pellicer, decidió su traslado a Buenos Aires tras desaparecer Don Quijote. Con Pellicer colaboraron en Buenos Aires Mayol y Cao -quien también tuvo revista propia, *El Cid Campeador*, además de dibujar para *Arlequín*-, agregándose el argentino José S. Álvarez, más conocido como “Fray Mocho”, cuyo seudónimo alcanzaría gran trascendencia pocos años después con la aparición de la difundida revista que llevó ese título . Entre estos dibujantes hubo colaboraciones conjuntas; podemos citar los dibujos ejecutados por Cao con temas pamperos para ilustrar un cuento de Fray Mocho titulado “Fraternidad criollo-española. Episodio Nacional Argentino” .

Diseñadores también de *Caras y Caretas* fueron el uruguayo Aurelio Giménez, los españoles Cándido Villalobos y Francisco Redondo -autor de la primera tira cómica publicada en la Argentina- y el italiano Mario Zavattaro, gran intérprete del gaucho nacional. Cao, al igual que otros dibujantes destacados, se separó de la revista en 1912; el año anterior había ingresado el ovetense Nicanor Álvarez Díaz conocido popularmente como Alejandro Sirio . Cao aparecerá nuevamente trabajando en el renovador diario *Crítica* junto a Perico Rojas y al muy popular Diógenes Taborda.

De esta época data también el ingreso del gallego Juan Carlos Alonso -quien habría de llegar a ser director de la revista y también de la llamada *Plus Ultra*- y del peruano Julio Málaga Grenet. Se incorporaron asimismo los jóvenes porteños Ramón Columba -después trabajará en *La Nota*, logrando luego publicar revista propia- y Juan Carlos Huergo, Eduardo Álvarez, el boliviano Víctor Valdivia y los españoles Federico Ribas y Luis Macaya, gallego y catalán respectivamente.

El asturiano Alejandro Sirio había llegado a Buenos Aires en 1910, pasando a colaborar al año siguiente, y hasta 1924, en *Caras y Caretas*, de donde decidió salir por desavenencias con los responsables. En ese año fue contratado por el diario *La Nación* donde tuvo a su cargo la dirección artística del suplemento de los domingos. Gustaba de hacer “escenas callejeras con sus aglomeraciones, accidentes... las notas portuarias en las que el principal protagonista es, con frecuencia, el inmigrante... Ha sido allí donde encontró... la mejor fuente para desparramar su buen humor e ironía” . Probablemente el trabajo más importante realizado por Sirio fueron las ilustraciones para el libro *La Gloria de Don Ramiro* de Enrique Larreta, tarea que le demandó tres años y medio .

En lo que al citado Juan Carlos Alonso respecta, emigró a la Argentina hacia 1898 sin tener al momento formación artística. Como ilustrador, Alonso tuvo tanto en *Caras y Caretas* como a partir de 1916 en *Plus Ultra*, los espacios ideales para dar rienda suelta a su creatividad. Su creciente prestigio tuvo un hito ineludible con la celebración de su primera exposición individual en Buenos Aires, llevada a cabo en el Salón Witcomb -que por otra parte habría de ser el espacio que albergara sus muestras en adelante- en agosto de 1917. Entre las obras presentadas a la sazón, destacaban los

gouaches, muchos de ellos ya familiares al público dada su publicación en las páginas de Plus Ultra. El paseo de Florida, Rascacielos, Baile de máscaras, Los viejos o Tarde de otoño testimoniaban su interés por la nota de actualidad, mientras otros como A la salida del Tedéum o La serenata anticipaban al pintor de temáticas históricas, en especial el de los temas románticos del XIX argentino, con los cuales alcanzaría el reconocimiento como pintor durante los años veinte y treinta .

En lo que atañe específicamente al humorismo, el primer salón llevado a cabo en la Argentina fue el organizado en mayo de 1896, en el Salón del Bon Marché, por La Colmena Artística, al que sucedieron otros como el organizado por el escultor italiano Ettore Ximenes (autor del mausoleo de Manuel Belgrano) en el Círculo Italiano, en 1902. No obstante este incipiente interés por las exposiciones de humoristas, no alcanzaron estas a tener en la Argentina una continuidad como sí se logró en España a partir de 1907 con la organización del Primer Salón de Caricaturistas de Madrid en el Salón Iturriz. Promovido por la revista Por el Arte, tomaron parte de la muestra recordados artistas como José Gutiérrez Solana con siete trabajos y Eduardo Sojo (“Demócrito”), pionero de la caricatura política argentina, con las obras “En el Museo”, “Bailarina” y “Opera” . “Pero aún contando con este valioso precedente, el verdadero promotor de la difusión y valoración del humorismo y la caricatura en España va a ser el escritor y crítico de arte José Francés, organizador de los salones de humoristas que anualmente, desde 1914, reunieron las firmas más significativas de la producción española en este género” .

Barcelona, por su parte, había dedicado a la caricatura una sección especial en su Exposición Internacional de Bellas Artes de 1907, creando su Primer Salón de Humoristas en 1916, acontecimiento organizado por el caricaturista Juan Grau Miró y celebrado en la Sala Mozart, y en el que José Francés dictó una conferencia sobre la caricatura .

Finalizada la Primera Guerra, el arte del “humorismo”, tras los años de “sufrimientos” y “horrores”, manifestó cierta decadencia que habría de repercutir en diferentes centros europeos, tal el caso de París. “La última Exposición celebrada en el “Salón de Humoristas” -escribió Joaquín Pera en julio de 1922-, y en cuyas paredes se exponen las obras de las más autorizadas firmas francesas nos ha dado una idea de la crisis interna que sufre... El arte Humorista en Francia se tambalea precisamente por falta de ideal” .

En Madrid comenzaron también a sumarse las objeciones al Salón de Humoristas que promovía José Francés. “En el Palacio de cristal del Retiro se ha celebrado este año la Exposición que el literato señor Francés celebra anualmente con los que él llama humoristas, y que, nosotros llamaríamos “Exposición de muestras de toda clase de intentos artísticos”; tal es el batiburrillo de estas Exposiciones, pues en ellas se exponen muñecos de cartón y trapo, dibujos decorativos, dibujos del natural, bocetos para retratos y para cuadros, aguafuertes, esculturas, ilustraciones, muchas imitaciones y muchos y malos plagios de muchas y buenas obras reproducidas en revistas extranjeras; a todo esto el señor Francés llama “Salón de humoristas”; verdaderamente el único humorista resulta ser el organizador” .

Contemporáneamente, y en buena medida al margen de la señalada decadencia del humorismo en los países europeos, en la Argentina, a partir de 1923 se dio inicio a la realización anual de un Salón de Humoristas -ya habían existido intentos como los de 1917 y 1918, organizados por los caricaturistas y dibujantes Ramón Columba y Pelele-, aunque su repercusión fue limitada con respecto a los otros certámenes más tradicionales como el Salón Nacional, el Salón de la Sociedad de Acuarelistas o el ya consolidado Salón de Otoño de la ciudad de Rosario (Santa Fe), que siguieron a la cabeza en cuanto a la consideración del público de arte en la Argentina.

ILUSTRACIONES

1. Julio Vila y Prades. Retrato de dama (Buenos Aires, 1905). Óleo sobre lienzo, 138 x 129 cms. Colección particular.
2. Gustavo Bacarisas. Escena norteña (1929). Óleo sobre lienzo, 58,5 x 101 cms. Estudio previo para uno de los murales del Pabellón argentino de la Exposición Iberoamericana de Sevilla. Colección particular.
3. Ernesto Valls. Mateando (1918). Óleo sobre lienzo, 100 x 150 cms. Museo Cultural Sanvicentino-ACESVIC, San Vicente (Buenos Aires).
4. Miguel Viladrich. La parejita, Catamarca (1940). Óleo sobre lienzo, 79 x 99 cms. Colección particular.
5. Antonio Ortiz Echagüe. Mi hijo en la estancia (La Pampa) (1939). Óleo sobre lienzo, 198 x 149 cms. Museo Atelier Antonio Ortiz Echagüe, Estancia “La Holanda” (La Pampa).
6. Luis Macaya. Ilustración para el poema Loa del soldado desconocido, de Juan Carlos Bernárdez. Publicado en la revista Plus Ultra, en Buenos Aires.
7. Alejandro Sirio. Orando ante la iglesia (c.1920). Tinta china, 35 x 29 cms. Colección particular.